

Al querer coordinar ese enmarañado conjunto de sensaciones que se atropellan en el recuerdo, llego a conclusiones vagas, inseguras, paliduchas ya, por el tiempo que pasó: aquel minero borracho, cuyo poncho saturado de chicha, me mareaba ahogándome, atosigando ni pobre sensibilidad de niño hambriento, era mi padre; su figura se presenta inseparable de ese olor característico: mezcla del hálito desvelado y de tragos de fermento.

En este párrafo hay partes que están bien y partes que no lo están. Al autor le falta selección, gusto, o, tal vez, paciencia para encontrar la frase adecuada. Creemos que le falta lo primero. El párrafo siguiente nos hace pensar esto:

—Y bien amigo—díjele—¡qué me cuenta de su vida apacible como remanso de río bullidor!

Con estas palabras se dirige a un cantinero. Y el cantinero, en lugar de contestarle como un cantinero debería contestar dice:

—Vea amigo, mi vida es extraña porque estoy en suspenso de lo que quiere contarme la noche, cuando la luna burila exóticas figuras en la arena o cuando la tempestad chasquea latigazos de fuego sobre la pampa sumisa; pero mis oídos se han aguzado, todo mi ser vibra como hilo telegráfico y puedo decirle que he llegado a comprender ese lenguaje sencillo de los elementos...

Ignoramos si la gente boliviana, especialmente los cantineros como el que habla, *viejo y magro, borracho y cuentero*, se expresa en esa forma. De ser así, valdría la pena hacer un viaje a Bolivia. Pero, no. Es el autor el que habla así, el au-

tor, que padece un poco de incontinencia verbal. Y es lástima, pues demuestra, especialmente en el primer cuento, poseer cualidades estimables para el cultivo del cuento. Si eligiera mejor las palabras y si echara a un lado los temas pobres que figuran en este libro, su labor ganaría enormemente.—*M. R.*

LA LUCIÉRNAGA, por *Mariano Azuela.*

El gran Azuela de «Los de Abajo» nos presenta en esta pequeña novela una nueva y curiosa faceta de su temperamento de escritor. La técnica del libro es muy diversa del lenguaje preciso y de riguroso contorno de aquella epopeya. Azuela es médico y mucho de sueño, de introspección psicológica, de estados morbosos en individuos normales, dan la atmósfera de este libro y explican la buscada obscuridad de algunos fragmentos. Como realización técnica es una de las obras de factura más moderna que conocemos en la Literatura hispanoamericana de hoy, tan apegada todavía a los viejos cánones de la novela. Azuela es en la Literatura del Continente un descubridor de nuevas dimensiones, y asombra su audacia si pensamos que es un hombre de más de 50 años, edad en que los escritores criollos se nos presentan friamente estratificados. En Azuela cada obra va siendo una exploración hacia lo desconocido, y su profundo secreto es buscar la complicación, lo extraordinario, en personajes que bajo la pluma de cualquier otro escritor

parecerían rústicos y vulgares. Recordamos ese poderoso buceo psicológico que Azuela realiza en la codicia aparentemente zafia y aldeana de uno de los personajes de esta novela, José María, hasta iluminarla de una luz extraordinaria. Arte de gran novelista es éste de convertir en grande lo simple, y con ello Azuela desmiente a quienes explicaran el éxito de su obra anterior por la potencia del tema. El escritor hace el tema, le da relieve, lo metamorfosea. Esto en cuanto a la técnica, a la parte formal del libro; en cuanto al contenido merece más larga meditación.

Toda la labor presente de Azuela es la continuación lógica de su obra anterior en torno de la vida mexicana contemporánea. Si «Los de Abajo» fué la novela de la revolución, de las turbas en marcha, la obra de desenfadado ritmo dinámico, su obra actual velando toda doctrina, esperando que los hechos y los personajes digan por sí mismos, aspira a fijar las consecuencias de la revolución, lo que es el campesino, el personaje aldeano, el diputado agrarista, la muchacha, en los días post-revolucionarios. En esta nueva novela «La Luciérnaga» (1) hay el doble del provinciano que viene a la conquista económica de la Capital, y del que se queda en su aldea sórdida. No es precisamente el clásico contraste de Campo y Ciudad, tan manido ya por la Literatura. Es un escenario más bien, para que ascienda a la superficie la vida interna; trastocada y desgarrada de los per-

sonajes. Suavemente, veladamente, se observa el pesimismo de Azuela. La Revolución no cambia las almas; su alcance y proyección ha sido más bien externo que interno. En cuanto atañe al problema religioso, Azuela parece reprochar a la Revolución haberle quitado al campesino la alegría y la fe en sus cultos, para no darles ningún sustitutivo espiritual. Sin que haga la defensa de la iglesia católica, Azuela lamenta la manera como se realizó la persecución religiosa. Y la falla de la Revolución es no haber creado todavía en las masas aldeanas y campesinas una nueva espiritualidad. Las ventajas económicas que la masa obtuviera después de su rebelión de muchos años, se ven obstaculizadas por el funcionarismo, por la burocracia nueva que sigue mistificando al pueblo. No es que la anterior realidad mexicana fuera superior; no se trata de establecer valores absolutos, pero un escritor—y un escritor con la fuerza mística de Azuela—aspira siempre a una justicia más pura.

La tesis—si hemos traducido la tesis de Azuela,—se disimula en la trama de un estilo rico, sin vanos alardes estilísticos, pero de poderoso don metafórico y recia vitalidad.

La obra, sin embargo, por la audacia de su técnica, no parece destinada sino a una escogida minoría de lectores.— *M. Picón Salas.*

EN LAS PRISIONES POLÍTICAS DE CHILE, (Cuatro evasiones novelescas), por *Carlos Vicuña.*

La tiranía militar que sufriera el país durante más de cuatro años

(1) Edit. Espasa Calpe, Madrid, 1932.